

# LOS MAGOS

«Los magos es a Harry Potter como un trago corto de whisky a una taza de té.»

George R. R. Martin, autor de *Canción de hielo y fuego*



LEV GROSSMAN

Quentin Coldwater es un chico brillante pero desdichado que vive obsesionado con las novelas de fantasía que leyó en su infancia y que transcurrían en un país mágico llamado Fillory.

Cuál no será su sorpresa cuando, inesperadamente, es admitido en una muy secreta y exclusiva Universidad de magia en Nueva York, donde recibirá una rigurosa educación sobre los arcanos de la moderna hechicería y descubrirá la amistad, el amor, el sexo, la bebida... y el aburrimiento. Porque a pesar de los increíbles descubrimientos que ha hecho a lo largo de estos años de universidad, siente que le falta algo.

La magia no ha conseguido que Quentin encuentre la felicidad y las aventuras con que había soñado. Pero tras graduarse, él y sus amigos harán un descubrimiento asombroso: Fillory es real, aunque no exactamente como imaginaron en sus sueños de infancia...

Para Lily

Romperé mi vara,  
la hundiré muchos pies en la tierra,  
y allí donde jamás bajó la sonda,  
ahogaré mi libro.

La tempestad,  
WILLIAM SHAKESPEARE

# LIBRO PRIMERO

## Brooklyn

Quentin hizo un truco de magia, pero nadie se dio cuenta.

Caminaban juntos a lo largo de la fría e irregular acera: James, Julia y Quentin, los dos primeros cogidos de la mano. Así estaban las cosas ahora. Como la acera no era lo bastante ancha para los tres, Quentin iba tras la pareja con aspecto de niño enfurruñado. Hubiera preferido estar a solas con Julia, incluso hubiera preferido estar solo, pero no se puede tenerlo todo. Las pruebas conducían inexorablemente a esa conclusión.

—Bien, Q —dijo James por encima del hombro—. Hablemos de la estrategia.

James parecía tener un sexto sentido para saber cuándo empezaba Quentin a sentirse autocompasivo. Faltaban siete minutos para su entrevista, y James tendría la suya a continuación.

—Dale un apretón de manos firme y mantén el contacto visual. Después, cuando ya esté confiado, le atizas con una silla. Yo me encargo de averiguar su contraseña y de enviar un *e-mail* a Princeton en su nombre.

—Sé tú mismo, Q —le recomendó Julia.

Echó hacia atrás su melena de ondulados mechones oscuros. Quentin no sabía por qué, pero que se mostrase amable con él hacía que todo resultase peor.

—Es lo mismo que he dicho yo, ¿no?

Quentin repitió su truco. Era un truco de prestidigitación muy simple, con una moneda y una sola mano. Volvió a hacerlo dentro del bolsillo de su abrigo, donde nadie podía verlo, y después lo repitió al revés.

—Creo que sé cuál es su contraseña —anunció James—. «Contraseña».

—El tío tiene más de cincuenta años —apuntó Quentin—. Ergo, su contraseña sólo puede ser «contraseña».

Quentin pensó en lo mucho que hacía que duraba todo aquello. Sólo tenían diecisiete años, pero le daba la impresión de que conocía a James y a Julia desde hacía décadas. El sistema escolar de Brooklyn tendía a apartar a los alumnos más inteligentes y agruparlos; después separabas los extraordinariamente inteligentes de los simplemente brillantes, y volvía a agruparlos. Como resultado, desde la escuela elemental habían estado compitiendo en los mismos concursos de gramática, los mismos exámenes regionales de latín y las mismas clases de matemáticas ultraavanzadas. Los más empollones entre los empollones. Ahora que estaban en su último año de secundaria, Quentin conocía a James y a Julia mejor que cualquier otra persona en el mundo, incluidos sus padres, al igual que ellos lo conocían a él. Sabían lo que uno de ellos iba a decir antes de que lo dijera, y quien podía acostarse con otro del grupo ya lo había hecho. Julia —pálida, pecosa, soñadora, que tocaba el oboe y sabía más de física que los dos— nunca se acostaría con él.

Quentin era alto y delgado, aunque habitualmente encorbaba los hombros en un vano intento de protegerse contra cualquier cosa que pudiera caer del cielo y que, lógicamente, golpearía primero al más alto. Su cabello, largo hasta los hombros, se estaba congelando; tendría que habérselo secado antes de salir del gimnasio, sobre todo teniendo en cuenta su entrevista, pero por alguna razón —quizá se estaba autosaboteando— no lo había hecho. Las nubes bajas y grises amenazaban nieve, y le daba la impresión de que el mundo ofrecía pequeñas muestras de desánimo dedicadas únicamente a él: cuervos posados en los cables eléctricos, cagadas de perro listas para ser pisadas, basura arrastrada por el viento, cadáveres de innumerables

hojas de roble profanadas de innumerables formas por innumerables vehículos y peatones...

—Dios, estoy lleno —suspiró James—. He comido demasiado. ¿Por qué siempre como demasiado?

—¿Porque eres un cerdo glotón? —respondió Julia con una sonrisa—. ¿Porque estás harto de poder verte los pies? ¿Porque intentas que tu estómago te tape el pene?

Con su abrigo de cachemira abierto al frío de noviembre, James se llevó las manos a la nuca, metió los dedos entre su ondulado cabello castaño y eructó sonoramente. El frío nunca parecía afectarlo. En cambio, Quentin siempre estaba aterido, como atrapado en su propio invierno privado.

James canturreó, con una melodía entre *Good King Wenceslas* y *Bingo*:

*En tiempos antiguos vivió un chico,  
joven, fuerte y valiente.  
Empuñaba una espada y cabalgaba un caballo,  
y se llamaba Dave...*

—¡Basta, por Dios! —aulló Julia.

James había escrito aquella canción hacía cinco años para un número del concurso escolar de talentos, y todavía le gustaba cantarla. Se la sabían de memoria. Julia lo empujó contra un cubo de basura y cuando vio que seguía cantando le quitó su gorra de marinero y lo golpeó en la cabeza con ella.

—¡Eh, mi peinado! —protestó James—. ¡Mi precioso peinado para la entrevista!

«El rey James», pensó Quentin. *Le roi s’amuse*.

—Siento estropearos la fiesta, pero sólo faltan dos minutos —advirtió a la pareja.

—¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos! —canturreó Julia—. ¡La duquesa! ¡Llegaremos tarde!

Quentin pensó que debería sentirse feliz. Era joven, tenía buena salud, buenos amigos y dos padres razonablemente sanos —papá, un editor de textos médicos; y mamá, una ilustradora comercial con frustradas ambiciones de pintora—. Formaba parte de la clase media-media. Y el promedio de sus notas era tan alto, que la mayoría de la gente ni siquiera imaginaba que fuera posible.

Pero caminando por la Quinta Avenida de Brooklyn, vestido para la entrevista con su abrigo negro y su mejor traje gris, Quentin sabía que no era feliz. ¿Por qué? Había ido reuniendo lenta y dolorosamente todos los ingredientes de la felicidad, celebrado los rituales necesarios, recitado los conjuros, encendido las velas y consumado los sacrificios. Pero la felicidad, como un espíritu desobediente, se negaba a llegar. No imaginaba qué más podía hacer para alcanzarla.

Siguió a James y a Julia, pasando frente a bodegas, lavanderías automáticas, *boutiques* con ropa de última moda, tiendas de teléfonos móviles iluminadas por neones, un bar donde los adultos ya estaban bebiendo desde primeras horas de la tarde... Incluso dejaron atrás un edificio de ladrillos marrones con el rótulo VETERANOS DE LAS GUERRAS EN EL EXTRANJERO y muebles de plástico colocados en la acera frente a él. Todo aquello confirmaba su creencia de que la vida real, la que debería estar viviendo, se había extraviado debido a un error de la burocracia cósmica y desviado hacia algún otro lugar, hacia alguna otra persona, y que él había recibido esta falsa y deplorable sustitua.

Quizá en Princeton encontrara su verdadera vida. Volvió a hacer el truco de la moneda dentro de su bolsillo.

—¿Estás jugando con tu cosa, Quentin? —preguntó James.

Quentin se sonrojó.

—No estoy jugando con mi cosa.

—No tienes de qué avergonzarte. —James le dio una palmada en el hombro—. Despeja tu mente.

El viento se coló a través de la delgada tela del traje gris de Quentin, que se negó a abrocharse el abrigo. Dejó que el frío penetrara en él. No importaba, en realidad no estaba allí.

Estaba en Fillory.

\* \* \*

*Fillory y mucho más*, de Christopher Plover, era una serie de novelas publicadas en Inglaterra durante los años treinta. En ellas se narraban las aventuras de los cinco hermanos Chatwin en un mundo mágico que descubrieron por casualidad durante unas vacaciones en el campo con su excéntrica y glamurosa tía. En realidad no eran unas vacaciones, por supuesto. Su padre estaba hundido hasta las caderas en el barro y la sangre del campo de batalla de Passchendaele, y su madre había sido hospitalizada a causa de una misteriosa enfermedad que nunca se explicaba claramente y que bien podía ser de naturaleza psíquica. Por eso fueron rápidamente enviados al campo, donde se suponía que estarían a salvo.

Sin embargo, toda esa infelicidad sólo era el telón de fondo. En primer plano, durante tres veranos seguidos, los niños dejaban sus diferentes colegios y volvían a Cornualles, desde donde siempre encontraban una forma de llegar hasta el mundo secreto de Fillory. Allí vivían aventuras explorando ese mundo mágico y defendiendo a sus amables criaturas de los enemigos que las amenazaban. El más diabólico y persistente de todos ellos era una velada figura conocida únicamente como la Relojera, cuyos encantamientos amenazaban con detener el tiempo, atrapando a todo Fillory a las cuatro en punto de un martes de finales de septiembre particularmente deprimente.

Quentin había leído las novelas de Fillory estando en primaria, como la mayoría de los niños; pero, a diferencia de esa mayoría —y a diferencia de James y Julia—, nunca los había arrinconado y recurría habitualmente a ellos cuando le costaba afrontar la vida real, algo que sucedía a menudo. (La serie de Fillory le servía de consuelo ante el desamor de Julia y, probablemente, también era una razón importante de que no lo amase). Lo cierto era que desprendían un fuerte aroma a guardería inglesa, y él se avergonzaba en secreto al leer los pasajes donde aparecía el Caballo Confortable, una enorme y cariñosa criatura equina con cascos de terciopelo y un lomo tan amplio que podías dormir cómodamente sobre él mientras galopaba de noche por todo Fillory.

Pero en Fillory había una verdad más seductora, más peligrosa, de la que Quentin no podía prescindir. Era como si esas novelas —sobre todo la primera, *El mundo entre los muros*— versaran sobre la propia lectura. Cuando el mayor de los hermanos Chatwin, el melancólico Martin, abría la puerta del mecanismo del reloj de pared de su abuelo, situado en un estrecho y oscuro pasillo de la casa, y a través de ella penetraba en Fillory (Quentin siempre se lo imaginaba apartando el péndulo del reloj como si fuese la campanilla de una garganta monstruosa), era como si abriese un libro que contenía todo lo que los libros siempre prometen y nunca cumplen: arrancarte del lugar en el que estás para trasladarte a otro mejor.

El mundo que Martin descubría entre los muros de la casa era un mundo de mágica penumbra, un paisaje crepuscular en blanco y negro tan estéril como una página impresa, con campos llenos de rastros y colinas onduladas, entrecruzadas por viejos muros de piedra. En Fillory tenía lugar un eclipse cada mediodía y las estaciones podían durar cien años. Árboles desnudos arañaban el cielo, pálidos mares verdosos lamían playas estrechas, blanqueadas a causa de las infinitas conchas pulverizadas. En Fillory, las

cosas importaban de una forma que no lo hacían en este mundo; en Fillory, cuando algo sucedía, sentías la emoción adecuada. La felicidad era una posibilidad real, actual, alcanzable. Cuando la llamabas, acudía. O no, porque para empezar nunca te abandonaba.

\* \* \*

El trío se detuvo frente a una casa. El barrio parecía agradable, con amplias aceras y árboles añosos; y el edificio era de ladrillo visto, con la distinción de ser la única residencia independiente en medio de una comunidad de hileras de adosados color rojizo. Era localmente famoso por haber desempeñado un papel clave en la sangrienta batalla de Brooklyn, y parecía dirigir suaves reproches a los coches, las farolas y las casas que lo rodeaban gracias al recuerdo de su gentil pasado holandés.

«Si estuviéramos en una novela de Fillory —pensó Quentin—, la casa tendría una entrada secreta a otro mundo, y el anciano que vive en ella sería amable y excéntrico, dejaría caer comentarios crípticos constantemente y, al darle la espalda, tropezaríamos con un misterioso armario, un montaplatos encantado, o cualquier otra cosa a través de la que se pudiera contemplar con emocionada expectación las maravillas de otro mundo».

Pero no estaban en una novela de Fillory.

—Dadles caña —dijo Julia. Llevaba un abrigo de sarga azul y cuello redondo que hacía que pareciese una escolar francesa, la *Madeline* de los libros infantiles.

—Te veré después, en la biblioteca.

—Ánimo.

Entrechocaron los puños, y ella bajó la mirada, avergonzada. Sabía cómo se sentía, él sabía que ella lo sabía, y no había nada más que decir. Quentin esperó, fingiendo contemplar con interés un coche aparcado, mientras Julia le

daba un beso de despedida a James —le apoyó la mano en el pecho y entrechocó los talones como una *starlette* de los viejos tiempos—; después, James y él caminaron lentamente por el sendero de cemento hasta la puerta delantera de la casa.

James pasó el brazo por los hombros de Quentin.

—Sé lo que piensas —le aseguró. Quentin era más alto, pero James era más ancho de hombros, de construcción más sólida, y casi le hizo perder el equilibrio—. Crees que nadie te comprende, pero te equivocas. —Le apretó el hombro de una forma casi paternal—. Soy el único que te comprende.

Quentin no respondió. Podía envidiar a James, pero no odiarlo. Además de guapo e inteligente era amable y buen tío. James le recordaba a Martin Chatwin. Pero si James era Martin, ¿quién era Quentin? El verdadero problema de estar con James era que siempre resultaba ser el héroe. Entonces, ¿qué le quedaba? Sólo tenía dos opciones: ser el compañero o el villano.

Quentin llamó al timbre. Un suave y ligero repiqueteo resonó en las profundidades de la casa, un timbrado antiguo, analógico. Hizo una rápida lista mental de sus metas personales, sus actividades extracurriculares, etc. Estaba absolutamente preparado para aquella entrevista, excepto quizá por su cabello todavía mojado, pero ahora que la fruta madurada por toda esa preparación colgaba jugosa frente a él, ya no la deseaba. No se sorprendió. Se había acostumbrado a esa sensación anticlimática en la que, cuando ya has hecho todo lo necesario para conseguir algo, descubres que ni siquiera lo deseas. Siempre le pasaba lo mismo. Era una de las pocas cosas fiables de su vida.

La puerta estaba protegida por una mosquitera deprimentemente vulgar. Zinnias púrpuras y anaranjadas seguían floreciendo al azar contra toda lógica hortícola, en lechos de tierra negra situados a ambos lados de la puerta. «Es extraño que sigan vivas en noviembre», pensó Quentin sin cu-

riosidad. Metió sus manos sin guantes en las mangas del abrigo y las puntas de las mangas bajo los brazos. Aunque hacía suficiente frío como para nevar, comenzó a llover.

Cinco minutos después seguía lloviendo. Quentin volvió a llamar a la puerta, antes de empujarla ligeramente. Se abrió unos milímetros y una oleada de aire cálido surgió del interior. El cálido olor afrutado de la casa de un extraño.

—¿Hola? —gritó Quentin. James y él intercambiaron una mirada, antes de volver a empujar la puerta hasta abrirla del todo.

—Dale otro minuto —sugirió James.

—¿Quién hace entrevistas a domicilio en su tiempo libre? —preguntó Quentin—. A lo mejor es un pedófilo.

El vestíbulo estaba oscuro y silencioso, sembrado de alfombras orientales. Aún en la entrada, James volvió a pulsar el timbre. Nadie contestó.

—Creo que no hay nadie —sentenció Quentin.

El que James no se atreviera a entrar hizo que repentinamente sintiera ganas de adentrarse un poco más en la casa. Si aquel entrevistador resultaba ser el guardián del país mágico de Fillory, era una lástima que no llevara un calzado más práctico.

Frente a ellos, una escalera conducía al piso superior. A la izquierda se vislumbraba un comedor frío y polvoriento, con muestras de usarse poco; a la derecha, un acogedor estudio con sillones tapizados de cuero y un enorme armario de madera oscura del tamaño de un guardarropa encajado en un rincón. Interesante. Un viejo mapa náutico y una ornamentada brújula rosada decoraban media pared. Tanteó los muros buscando el interruptor de la luz, hasta que tropezó con el respaldo de una silla de mimbre, pero no se sentó.

Todas las persianas estaban echadas. La oscuridad era más parecida a la de una casa con las cortinas corridas que a la de la noche, como si el sol se hubiera ocultado en el mismo instante que cruzaron el umbral. Quentin se movió a

cámara lenta por el estudio. Volvería al exterior y llamaría de nuevo al timbre. Sí, haría eso. Enseguida. Pero antes echaría otro vistazo. La oscuridad era como una picante nube eléctrica que lo rodeara por completo.

El armario era enorme, lo bastante grande para caber en él, y no parecía cerrado. Apoyó la mano en el pequeño y viejo tirador de bronce. Sus dedos temblaban. *Le roi s'amuse*. No podía evitarlo, sentía como si el mundo girase a su alrededor, como si toda su vida le hubiera guiado hasta aquel momento y aquel lugar.

Resultó ser un armario para los licores, tan grande que parecía contener las mismas botellas de un bar mediano. Quentin pasó la mano entre las hileras de botellas ligeramente tintineantes y sintió tras ellas la madera seca, raspada, de la parte posterior del mueble. Sólida. No tenía nada de mágica. Cerró la puerta con la cara ardiendo de vergüenza. Fue entonces cuando miró alrededor para asegurarse de que nadie lo había visto, y descubrió el cadáver en el suelo.

\* \* \*

Quince minutos después, el vestíbulo bullía de gente y actividad. Quentin estaba sentado en la silla de mimbre esperando, como el portador de un féretro en el funeral de alguien a quien no había conocido, y mantenía la coronilla firmemente presionada contra el frío y sólido muro, como si fuera su último punto de contacto con la realidad. James permanecía de pie junto a él, sin saber qué hacer con las manos. No se miraban entre sí.

El anciano seguía tumbado de espaldas en el suelo. Su estómago formaba un montículo redondo de tamaño considerable, y su pelo era una corona gris a lo Einstein. Lo rodeaban tres sanitarios, dos hombres y una mujer: ella era desarmante, inapropiadamente guapa... parecía fuera de

lugar en medio de aquella sombría escena. Estaban ocupados, pero no con la típica prisa de una emergencia en la que está en juego una vida, sino de otro tipo, el de una resurrección fallida. Murmuraban en voz baja mientras recogían el material, arrancaban los parches adhesivos y arrojaban los instrumentos contaminados a un contenedor especial.

Con un movimiento que denotaba práctica, uno de los hombres desentubó el cadáver. La boca del anciano quedó abierta y Quentin pudo ver su grisácea lengua. Olió algo que no quiso admitir que fuera el hedor amargo de las heces.

—Esto es malo —susurró James. Y no era la primera vez.

—Sí, muy malo —admitió Quentin. Tenía los labios entumecidos.

Estaba convencido de que si no se movía, nadie podría involucrarlo en aquella situación, así que intentaba respirar lentamente y mantenerse inmóvil. Miraba al frente, negándose a enfocar lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sabía que si miraba a James, sólo vería su propia tortura mental reflejada en un infinito laberinto de pánico que no llevaba a ninguna parte. Se preguntó cuándo sería adecuado marcharse. No podía evitar sentirse avergonzado por haber entrado en la casa sin invitación, como si eso hubiera provocado de alguna manera la muerte de aquel hombre.

—No tendría que haberlo llamado pedófilo —dijo en voz alta—. Estuvo mal.

—Muy mal —corroboró James.

Hablaban lentamente, como si fuera la primera vez que lo hicieran y todavía no se hubieran acostumbrado a aquella forma de comunicación.

Uno de los sanitarios en cuclillas junto al cadáver, la mujer, se puso en pie. Quentin la contempló mientras se despezaba con las manos en los riñones y movía la cabeza de un lado a otro. Después se acercó a ellos quitándose los